

YO ME QUEDO AQUÍ

Me llamo María del Carmen Gómez, como mi madre. Un 6 de julio nacían Frida Kahlo, Pepa Noia y Nancy Reagan, lo supe hace muy poco tiempo, cuando preparaba unas jornadas sobre mujeres en la historia. A finales de la década de los 80, ese mismo día, lo hacía yo. No pinto, no he conocido a mi Diego Ribera, con suerte no tendré que luchar por ninguna Plaza de Mayo, y tampoco seré la esposa de ningún presidente, seguramente no seré esposa.

Vivo sola en un piso alquilado, trabajo más de ocho horas todos los días y salgo a correr antes de que salga el sol cada mañana entre majuelos y chozos. Vuestra idea de mujer cosmopolita chocó con estas dos últimas palabras; imágenes preconcebidas que condicionan la realidad. Lo moderno, lo actual, no sólo se traduce entre ruido, tráfico y grandes superficies comerciales. También lo hace aquí: tiendas de barrio, bicicletas, noches de verano al fresco y vecinos que te preguntan *qué tal*. Y esto ocurre, donde la vida sabe a escarcha en tomates recién cogidos, a mosto en bollos horneados todavía a la luz de estrellas que se sienten cerca y brillan, a racimos de uvas que lloran sabia y saben a gloria. Esto ocurre aquí, en el pueblo.

Ando rodeada a diario de mujeres extraordinarias, aquellas a las que no les dio miedo apostar por sus raíces y quedarse. Crecer y hacerse fuertes aquí, donde entendí, hace un tiempo, que no necesitaba ni quería nada más y, creedme, es el mejor regalo. Dejaron de ser referente para mí, esas que se disuelven cada día entre mucha gente y siempre les faltan personas. Aquellas preocupadas en atascos insanos y ciudades grises y frías aun en verano.

Alcaldesas de la transición, empresarias de servicios, ganaderas, artesanas del queso, jóvenes enólogas, diseñadoras, graduadas de calidad desarrollando trabajos excelentes, mujeres. En definitiva, trabajadoras en y para lo rural. A ellas estas líneas.

Mi abuela no sabía leer. Crio seis hijos mientras que su marido sobrevivía a la sentencia de su ideología política en frías rejas. Vendía arroz en estraperlo para poder comprar patatas, y viajaba tráfuga a Valencia para vender veinte litros de aceite. Yo llegué a recolectar aceitunas con ella. Discutía a voces en la cooperativa cuando, por mujer, intentaban engañarla en grado. Murió un extraño mes de enero, siento que no hace demasiado tiempo. A su espalda, lavaderos mañaneros, largas tardes de pastos con un pequeño rebaño y muchas noches sin dormir, pero con lágrimas. Sabía que tenía que luchar y quería hacerlo aquí, junto a sus hermanas.

Sus hijas, entre ellas mi madre, fueron escolarizadas hasta que comenzaron a trabajar en la manufactura textil a finales de los 70. La mayoría de ellas estudiaron tras casarse y tener, al menos, dos hijos. Emprendieron negocios locales que han salvado a su familia durante la crisis, y los difíciles años que acontecieron en la última década. Algunas de ellas todavía tienen en sus dedos la tinta del azafrán y el recuerdo de mondar lentejas en la forma de sus manos. Solamente Julia se marchó junto a su marido a la ciudad. Hace años regresó sola, tiene una tienda de ropa preciosa, ahora es mi vecina. «Tiran las raíces nena». Sonríe cuando me acaricia el rostro al ver que sigo aquí.

Yo soy graduada superior, responsable en una empresa local que apuesta por la inclusión de la mujer en el mercado laboral y por los servicios sociales cercanos. A diario pienso en ellas y sólo puedo darles las gracias. Es esta mi oda personal a su lucha, y también a las que hoy seguimos aquí, mujeres de mi tiempo, que se desarrollan en plenitud apostando por lo rural. En esta contienda, disfrutamos exprimiendo el olor a tierra mojada de lluvias de verano y del sol de invierno que tímidamente nos acompaña mañanas de domingo paseando por nuestros campos. Que, además de regalarnos amaneceres preciosos, con la banda sonora salvaje de los jilgueros, nos alimenta de libertad.

Me preocupa la inestabilidad política y económica de mi país, ando pendiente siempre de los cambios institucionales que se producen, y sufro cuando la prensa me deja el mal sabor de un atentado. Pero también miro al cielo cada tarde de junio, pensando en que no se conviertan en pedrisco esas nubes negras. Sonrió y brindo con ellas, cuando la cosecha ha sido buena. Me manifiesto para que no se cierren los organismos públicos que dan servicio a mi municipio, me preocupan los planes de empleo que llegan tarde. Me ilusiono al ver los parques llenos de niños que crecerán aquí y, espero, se queden.

Las mujeres rurales emprendedoras somos necesarias. Quiero ser madre aquí, y que mi tripa crezca a la sombra de un almendro en flor, mientras sigo recibiendo correos electrónicos en mi iPhone, y cierro calendario para charlas y eventos, para y por nosotras. Que mis *chicos* corran a la panadería a por la merienda, mientras apago el ordenador y hago la última llamada. Instaurada en mis sienes, el hecho de corresponder con mi esfuerzo. Que las que me descendan me recuerden, como yo lo hago de mis antecesoras.

Ellas asentaron las bases sobre las que ahora nosotras, batallando, nos sentimos más libres. Todas sus dudas, sus miedos, aquellos días difíciles, hoy brillan en sus ojos como pasado que valió la pena conquistar. Otros tiempos que hacen a los de hoy mejores. Josefa la de la charcutería me decía hace años: *Sal, pero vuelve, tráete contigo todo lo que puedas y quédate como lo hicieron las de tu familia*. Y enredada en esta vida me encuentro, creyendo que soy necesaria aquí, y en estos tiempos, más que nunca. Pero sin duda, lo mejor de todo, es que sé que no estoy sola. Caminan a mi lado, a veces empujándome en días inciertos, otras tantas que también se quedaron. Son muchas las que ríen en la plaza, las noches de agosto cuando el solano, y algunas otras cosas, no nos dejan respirar.

Comienzan a marcarse en la comisura de nuestros labios las arrugas por resistir. Cada uno de los longevos surcos que cruzan las frentes de algunas de ellas, son la firma de otro tratado de paz a la seguridad de que aquí también es posible. Los coloretes de las mejillas en el rostro de las más pequeñas, nos recuerda que hierve ya el futuro.

Esta historia puede ser la historia de cualquiera de las familias de las mujeres que hoy comparten mis días; la suerte de teneros, las gracias por hacer posible la vida aquí en el pueblo.